

que si lloramos aún en ellos algunos errores, son, más que de impiedad, efectos de ignorancia, y que todo lo desmiente su humilde devoción á María de Guadalupe? Mas, ¿cómo podré disimular el vivo dolor de que nos penetran aquellas naciones aún infieles entre los Indios, que cada día horrorizan nuestros oídos con las noticias de su irreligión y crueldad? Pero si no ha llegado, señores, el tiempo que destina Dios en sus inexcrutables consejos para su reducción, quizá el Señor ha querido dejar este infeliz resto de la impiedad, para que en solicitud de su conversión se ejercite el glorioso trabajo de los ministros, y para que á vista de las dificultades que se presentan en reducirlas, conozcamos cuán difícil, cuán árdua, cuán llena de tropiezos fué en aquellos países la propagación del Evangelio, que, por medios hasta entónces nunca vistos, ejecutó María como nuevo apóstol en su imagen de Guadalupe. Y ¡oh! quiera el Cielo, que veamos llevar hasta los últimos términos de la América el nombre de Jesús. Estos deben ser en el día los objetos de nuestras súplicas y votos. Herejías, errores, cismas, demonios, pestes, inundaciones, todo huye á la invocación de María de Guadalupe.

¡Madre amantísima! dilatad hasta aquellos infelices pueblos vuestro benéfico apostolado para añadir esta grey al rebaño de la Iglesia. Tus hermosos ojos llenos de majestad, tu dulce risa templada con el mayor decoro, tu ademán airoso al par que humilde y magnífico, tu semblante derramando gracias es para todos dichoso anuncio de felicidades. Pusiste allí tu Corazón en eterno depósito, están allí tus bellísimos ojos abiertos para difundir en cada mirada un beneficio. Pónlos benignos en estos fieles que, postrados á tus piés, te ofrecen sus corazones, pues si Tú nos miras afable, formarás nuestra dicha, y serás para todos nosotros la más segura prenda de la gloria, que os deseo.

---

## NUESTRA SEÑORA DE LAS LÁGRIMAS.

---

*Mihi autem absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesuchristi.*

Mas no permita Dios que yo me glorie sinó en la cruz de nuestro señor Jesucristo.

(GAL. VI, 14).

Si alguna cosa hay fácil de persuadir á los mortales es, el interés de su propia gloria: formados á imagen de Dios y para gozar de Dios, aspiramos todos naturalmente á ella. Hasta aquí estamos de acuerdo; mas en orden á la verdadera gloria y los medios de conseguirla no piensan todos igualmente. Acostumbrados unos, á respetar las máximas del siglo, y á respirar su aire, miran como una especie de gloria incomparable todo este vano resplandor del mundo; el poder, digo, las riquezas, las magistraturas, la nobleza, los empleos honoríficos; por ellos se desvelan, por ellos suspiran, y en ellos colocan todas sus delicias. Otros, conducidos por el Espíritu de Dios, creen con el Apóstol, que un verdadero cristiano no puede hallar gloria sólida sinó en la cruz de Jesucristo; y juzgan con arreglo á la moral del Evangelio, que los medios de obtener tanto bien son las lágrimas penitentes con que se expían las culpas.

El verdadero discípulo de Jesucristo busca, como san Pablo, su gloria en las tribulaciones, pues solo por medio de ellas puede tener conformidad con la adorable imagen de su Redentor; condición indispensable para ser salvos, segun el mismo Apóstol. Sí, señores, el Unigénito de Dios hecho hombre, humillado, abatido, despreciado, inalterable entre los insultos y oprobios, y obediente á su Padre celestial hasta el momento de su muerte, es el perfecto modelo que nos debemos proponer para ser participantes de su gloria; modelo que no debemos copiar sinó con el pincel de las lágrimas, porque si ellas no se nos comunicaran por Dios, serían muy pocos los que se salvaran.

Hasta el mismo Jesucristo, cabeza y ejemplar de los predestinados, debió, según su oráculo, sujetarse á los sufrimientos y á la ignominia de la Pasión, ántes de entrar en su gloria; y como, en cuanto Dios, no podía llorar, tomó nuestra naturaleza, que le proveyó suficiente caudal de lágrimas, probando así ántes la hiel que los panales. María santísima, asimismo, aunque libre de toda culpa y mancha, no lo estuvo de un torrente de lágrimas que inundaron su alma sobre el monte Calvario, á presencia de la pasión y muerte de su Hijo. Y hé aquí el fundamento de donde yo infiero su mayor gloria, porque juzgo, en efecto, que estas lágrimas fueron gloriosas en su origen y por su objeto. Tal es la materia que me propongo ilustrar en un breve discurso digno de vuestras atenciones y de mis endeblés conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesión de María santísima, saludándola con el ángel: A. M.

Cuando afirmo, que las lágrimas de María al pié de la cruz fueron gloriosas en su origen y por su objeto, no debéis mirar esta mi proposición como una paradoja inaudita. Es, por el contrario, una verdad irrefragable, que conocerá fácilmente todo el que considere, que la fuente y origen de estas lágrimas es el Espíritu Santo, y el objeto de ellas la adorable pasión de Jesucristo, Redentor del género humano; dos reflexiones que servirán de materia para vuestra instrucción, y os descubrirán el carácter glorioso de las lágrimas de María en el monte Calvario.

En efecto, señores; aunque algunos de aquellos que en el idioma de los mundanos pasan por espíritus fuertes, por una especie de afectación estóica nos pretendan insensibles para hacernos constantes, degradándonos de la humanidad, para darnos el título de magnánimos; y aunque á este respecto afirmen, que las lágrimas ceden en descrédito de un ánimo generoso y en deshonor de la constancia, sin embargo, según la justa economía de Dios en el plan de su providencia, y atendido el lenguaje del Evangelio, son las lágrimas un signo sensible, y como un augusto sello de elección para la gloria verdadera. Jesucristo, sábio é infalible apreciador del mérito, llama bienaventurados á los que lloran, prometiéndoles en recompensa digna de sus lágrimas las consolaciones del Espíritu Santo.

Mas, para que no aprehendais por luz las que son tinieblas, ni por gloria lo que es oprobio é ignominia, consagro esta primera reflexión á ilustrar esta máxima de nuestro Salvador, explicando cuál sea esta bienaventuranza, efecto del dón de lágrimas, y haciendo patente

cuáles deban reputarse oscuras, cuáles gloriosas, cuáles dimanadas del espíritu del mundo, cuáles originadas del Espíritu Santo. Separemos, pues, ante todas cosas, la ignominia de las unas del honor de las otras, distinguiendo con el Apóstol, las que vienen del Espíritu de Dios, de las que proceden de nuestras pasiones. Segreguemos, para decirlo de una vez, las que se originan de la que San Pablo llama tribulación de la carne (1), de las que resultan de tribulaciones de espíritu, según el Sábío, para conocer mejor el mérito y el carácter de las de María.

Sería, en efecto, un error grosero, persuadirse de que todas las lágrimas son gloriosas, ó que provienen todas del Espíritu Santo. Una imaginación, por ejemplo, tímida, extravagante, inquieta, embarazada, es, por lo comun, origen de muchas lágrimas; un humor triste y melancólico, una emulación desconfiada, aún sin tener rival; males que en lo físico no podemos prever ni evitar; bienes que no podemos obtener ni recobrar, son origen, por lo comun, de vuestro llanto, fuente de vuestras lágrimas. Cada vicio, cada pasión nos turba: una desesperación ambiciosa, que no alcanza lo que solicita; una insaciable codicia, que os marchita, os devora y os consume; el descubrimiento de un artificio criminal, que os empobrece y os deshonorra; los bienes enteramente disipados por el juego ó por el lujo excesivo del vestido ó de la mesa; un favor adquirido por inútiles complacencias, que se disminuye ó que se acaba; el descubrimiento, en fin, de vuestras vergonzosas costumbres, amadores del siglo; ¿no son, os ruego, otros tantos artifices de vuestras lágrimas voluntarias? ¿No es el placer ¡oh insensatos y ciegos partidarios del mundo! el oro, una belleza frágil, una vil criatura, ú otro miserable objeto de esta naturaleza, lo que, perdido ó no conseguido por vosotros, fomenta las más veces vuestros gemidos y anima vuestros suspiros? ¿Llamaré yo en esta hipótesis gloriosas vuestras lágrimas? ¿Podré ponerlas á cubierto de su propia ignominia? ¿Serán indicio de una elección que Dios hace de vosotros para su gloria futura? ¿O merecereis en recompensa de ellas las dulces consolaciones que promete Jesucristo á los que lloran? Nada ménos. Inficionadas estas vuestras lágrimas desde su mismo origen, serán cubiertas de oprobio delante de Dios.

Consultando, pues, al Evangelio y tradición constante de la Iglesia, solo llamo gloriosas en su origen aquellas lágrimas, que se emplean en llorar nuestras culpas y las de nuestros hermanos; glo-

(1) I. Cor. c. VII, v. 28.

riosas llamo aquellas con que se llora la peregrinacion de esta vida y la ausencia de la patria celestial, como los israelitas cautivos en Babilonia, cuando sentados á las márgenes de sus ríos suspiraban oprimidos con la memoria de Sion: gloriosas, finalmente, llamo aquellas que tienen por motivo sobrenatural á un Dios ofendido; y estas mismas son las que nacen de superior impulso del Espíritu Santo, cuyo amor y caridad las produce en nuestros corazones.

De estas lágrimas habla el Nazianceno, cuando exclama: ¡Oh feliz diluvio, oh lágrimas dichosas! que elevais á un alma penitente, aún estando próxima á caer en el abismo; de éstas habla el Crisóstomo, cuando dice: Nada es más gozoso que estas lágrimas; ellas son más alegres que la mayor risa, y los que las vierten, conocen su admirable suavidad; de éstas habló San Agustín, cuando dijo: Que son más dulces las lágrimas de los que oran, que el goce de los teatros; de ellas habla el Crisólogo, cuando exclama: ¡Oh felices lágrimas de los pecadores! que regando el Cielo, humedecen la tierra y apagan el Infierno; de ellas habla San Basilio, llamándolas: Seminario del gozo y aumento de la gloria; de ellas dice el Justiniano: ¡Oh humildes lágrimas! vuestra es la potencia, vuestro el reino; vosotras no teméis el tribunal del Juez, no hay quien os impida acercaros á Dios; entráis solas, mas no volveis vacías. ¿Qué más? venceis al Invencible, ligais al Omnipotente, inclináis al Hijo de la Virgen, abris las puertas del Cielo y ahuyentáis al demonio; de éstas habla la Doctrina cristiana, cuando copiando el oráculo de Jesucristo, llama bienaventurados á los que lloran.

Estos son, finalmente, aquellos gemidos inenarrables con que, según el Apóstol, interpela por nosotros el Espíritu Santo, haciéndonos gemir y llorar.

Tal es, señores, la verdadera idea que debemos concebir de las que llamo lágrimas gloriosas y bienaventuradas; tal es su origen excelente, y el carácter singular que las distingue. Según estos principios, ¿será temeridad afirmar, que las lágrimas de María dimanaron del Espíritu santo? ¿Negaremos á nuestra augusta Madre un dón concedido á tantos justos? El dón precioso de lágrimas, este privilegio singular, unido íntimamente con las consolaciones del Espíritu Santo; esta voz de la naturaleza muda y sin más articulacion que la que le comunica la gracia, pero que siempre es oída de Dios, ¿tendrá en María inferior lugar á Aquel, de donde en todo tiempo han dimanado las lágrimas de los demás santos? ¿Qué, osaremos negar á la Madre del Omnipotente lo que es forzoso conceder á Job en la

pérdida de su familia y bienes; á Tobías, en medio de su afliccion; á Jacob, al ver ensangrentada la túnica de su hijo; á Judith, en las calamidades públicas de su pueblo; á Raquel, en la muerte de sus hijos; á la piadosa Ana, en el oprobio de su esterilidad; á Jeremías, finalmente, en la infelicidad de Israel?

Si todas estas lágrimas dimanaron de Dios, ¿carecerían las de María de tan alto origen? Atendida la justa economía del Señor, que en la distribucion de sus gracias sabe mezclar las lágrimas con los gozos y las aflicciones con las glorias, y que se dignó preferir á María á todos los demás justos, atendido su augusto carácter de Madre y heredera del Crucificado, no pudo negarle aquel torrente de lágrimas que pedía con instancia el Profeta, para llorar las calamidades públicas de su pueblo. Con esta gloriosa fuente de lágrimas debía regar el Espíritu Santo aquel Huerto cerrado, obra de sus mismas manos, como había prometido por boca del Eclesiástico (1). De este mismo origen y manantial, en fin, debían salir los gemidos de aquella viuda, cuyas lágrimas, según la Escritura, regando sus mejillas, se elevaron hasta el Cielo. Gloriosas, pues, debieron ser estas lágrimas dimanadas de tan alto origen, siendo uno mismo el espíritu que las causaba y exaltaba, que las humillaba y elevaba, que las animaba y aceptaba.

Ni deben reputarse ménos gloriosas por su objeto que por su origen, pues si es éste el Espíritu de Dios, aquél es la adorable pasion de Jesucristo, que respecto de María no fué ménos gloriosa que dolorosa. Es verdad, que Dios en la tragedia augusta del Calvario puso presentes á María sin intermision sus lágrimas, como David se explica; es innegable, que todos los profetas nos la presentan, ya como una ciudad desamparada y viuda en la muerte de sus hijos, ya como desolada y oprimida todo el día de tristeza, ya como una mujer verdaderamente fuerte, que corre apresurada al desierto, no tanto al olor de los unguentos, como al de las penas de su Hijo; ya, en fin, como una madre afligida, á cuyos ojos ha desfallecido su luz, que busca y no halla con quien dividir sus aflicciones, ni quien la consuele sobre la tierra, porque su consolador se ha retirado mucho en cumplimiento de sus divinos oráculos. Es verdad, que los Padres y Doctores de la Iglesia nos la proponen triste, afligida y compasiva á presencia de un Dios-Hombre desfalleciente, sin especie ni hermosura, conculcado y despreciado, reputado entre inicuos, cubierto de

(1) Eccl. c. XXIV, v. 42.

ignominias, herido y humillado por Dios, hecho una vasta llaga y semejante al pelicano del desierto; es verdad, que al ver esta dura situación de su Dueño y hacedor, la alimentaba aquel pan de lágrimas que en otro tiempo á David, regando con ellas sus vestidos y la tierra: es verdad, según la tradición constante de los Padres, que estas sus preciosas lágrimas recibían aumento, cuando consideraba sobre este horrible monstruo del pecado, que debiendo su origen al príncipe del Infierno, deberá su consumación al jefe de los réprobos; este misterio de iniquidad, que obrándose de día en día, se extiende á manera de torrente impetuoso por todas las generaciones. Pero es igualmente cierto, que la verdadera gloria de un alma justa sobre la tierra son las dulces consolaciones del Espíritu santo, que no podemos negar á María en estas circunstancias, porque atendida la voluntad de nuestro soberano Legislador, anunciada á los mortales por san Pablo, María, no ménos que nosotros, debió gloriarse en la cruz de Jesucristo. Es asimismo indubitable, que María, Madre y heredera del Crucificado y de su Espíritu, debió tolerar gozosa su cruz; esto es, sus aflicciones, como de Jesucristo afirma el Apóstol. Ni es ménos cierto, que los apóstoles, según consta de sus mismas Actas, iban llenos de gozo por haber sido hallados dignos de sufrir oprobios en nombre de Jesucristo, y de que san Pablo se gloriaba en todas sus enfermedades y tribulaciones (1).

Mas ¿para qué nos detenemos? ¿Es imposible observar el precepto de gloriarse en la cruz del Salvador, como de otros preceptos pretenden los impíos? ¿O por ventura no comprendió á María, que no podía ignorar la voluntad de su Hijo en esta parte, y que debió ser la primera en acreditar con su ejemplo la observancia de las leyes? ¿Le faltaría acaso un ánimo generoso y pronto, ó los auxilios necesarios para conformarse con la adorable imagen de su Hijo, condición sin la cual no seremos predestinados, según el Apóstol? Léjos de aquí, calumnias groseras; no pretendais oscurecer las glorias de María sobre el Calvario.

Pero mostremos ya con alguna individualidad los motivos poderosos de gloriarse, que se presentaban al espíritu de María en el conflicto de sus lágrimas. ¿No veía elevado sobre el Calvario aquel estandarte glorioso, bajo el cual debían algún día alistarse todos los reyes y pueblos de la tierra? ¿No veía cumplidas las promesas del Cielo, desaparecidas las sombras, pasado el tiempo de las figuras,

(1) ROM. c. V, v. 3. II. COR. c. XII, v. 9.

verificadas las profecías, el deseo de los patriarcas satisfecho, venida la plenitud del tiempo? ¿No veía la ley antigua abrogada, abolidas sus ceremonias y sacrificios, deshecha la Sinagoga, y el Templo antiguo abandonado? ¿No veía la ley de gracia establecida, el nuevo Testamento ya sellado, quitado el velo á las Escrituras, subrogado el Evangelio á la Ley de Moisés, un nuevo orden de cosas, un orden más sublime, más recomendable, más santo, una oblación más pura y más preciosa; un pueblo más fiel, sacramentos más eficaces, templos más augustos, ceremonias más loables, leyes más perfectas, gracias más abundantes? ¿No veía que Jesucristo había conquistado enteramente su reino, que había recibido un golpe mortal la idolatría, que estaba confundida la sabiduría de los filósofos, destruidos los oráculos, vencidos los demonios, reconciliado el Cielo con la tierra, satisfecha la justicia del Padre, vengada su gloria, concluida la misión de su Hijo, y conquistada por esto la gloria del Redentor? ¿No veía los gloriosos triunfos de la Fé por el ministerio de los apóstoles, la constancia y trofeos de los mártires, la piedad y amor de los confesores, la pureza, finalmente, de las vírgenes? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazón de María durante la tragedia del Calvario que los producía. Es pues constante, señores, que las lágrimas de María no fueron ménos gloriosas por su adorable objeto que por su origen.

Aprended vosotros á llorar y á gloriaros en la cruz de Jesucristo, si queréis recibir algún día las dulces consolaciones del Espíritu santo. Rociad vuestro pan y vuestro lecho con lágrimas, esta dichosa agua, este bautismo de penitencia, como un Padre se explica. La Pasión de Jesucristo, las ofensas de un Dios sumamente bueno, la pérdida de su gracia, la ruina de vuestra alma ó la de vuestros hermanos, son solamente objetos dignos de vuestros suspiros, y los que únicamente pueden hacer gloriosas vuestras lágrimas. Llorad pues ahora, os diré con el Crisólogo, cuando se regocijan los impíos, á fin de alegraros cuando empiecen ellos un eterno llanto. Llorad ahora, repito con san Macario, ántes que entrando en la eternidad, despedacen á vuestros cuerpos vuestras mismas lágrimas.

Vos, augusta y soberana Madre, que en medio de vuestra mayor aflicción mirabais como gloria vuestra, y con una tierna complacencia y gozo espiritual, la reparación de nuestras almas y las humildes lágrimas de los penitentes, no mireis ahora con desdén nuestros turbados corazones. Por vuestra intercesión pedimos á Dios, humillados y contritos, un precioso dón de lágrimas para expiación de nuestras

culpas. Indignos somos de tanto beneficio; pero sois Madre nuestra, Madre de misericordia, Madre de clemencia, nuestro asilo y refugio, dulce esperanza nuestra: á Vos clamamos, á Vos suspiramos en este valle de lágrimas: mostrádnos despues de este destierro á Jesús vuestro Hijo, que vive y reina con el Padre y el Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

---

## NUESTRA SEÑORA DE LOURDES. (\*)

---

*Ascendamus ad montem Domini...  
et ambulabimus in semitis ejus.*

Subamos al monte del Señor... y por  
sus sendas andaremos.

(ISAÍ. XI, 3.)

Diferentes nombres se han dado á nuestro siglo: unos lo han llamado siglo de las luces y del progreso; otros, siglo de los caminos de hierro y de vapor; estos, siglo de las ciencias químicas y matemáticas; y los de más allá, siglo de la discusion y de la libertad. Semejantes calificaciones gustan darle no pocos de los que tienen muerto ó ahogado el sentimiento de la vida sobrenatural.

No me defenderé en demostrar si estos nombres convienen ó no á nuestro siglo; pero, si puedo desde luego afirmar, que el verdadero nombre con que será designado á la posteridad el siglo XIX será con el del siglo de María Santísima; y en verdad, que el culto de la Madre de Dios, por lo ménos entre los que se precian de católicos practicantes, nunca se vió tan extendido y fervoroso como en nuestros días. Desde que fué proclamado el dogma de la Inmaculada Concepcion, que, en realidad, fué una explosion general de júbilo, hasta las fiestas particulares de afecto, en ningun otro siglo las glorias de María se habían celebrado con pompa tan esplendida y con entusiasmo tan universal. Las imágenes, llevadas en triunfo y expuestas en todas partes en honor de la Beatísima Virgen; las iluminaciones magníficas y espontáneas en sus festividades; las muchedumbres agolpadas al pié de los altares; las medallas con su efigie, que ostentan millares de devotos suyos; los muchos libros y opúsculos, que tratando de Ella enriquecen con nuevas y preciosas joyas la literatura religiosa; la coronacion de sus imágenes en varios pueblos; las congre-

(\*) Lourdes.